

LOS CABELLUDOS EUROPEOS COMO UN PROBLEMA ESTÉTICO ANTE LOS INDOAMERICANOS

Josué Sánchez

The Westminster Schools
josuesanchez@westminster.net

RESUMEN

Este trabajo forma parte de una investigación más amplia sobre la perspectiva de los indoamericanos sobre la invasión europea. Los europeos consistentemente se proyectan en las Crónicas de Indias como hombres blancos y hermosos ante los ojos de los indoamericanos. Aquí se presenta un tipo de micro historia indoamericana que mina la historia oficial al irse contraponiendo a lo establecido sobre la invasión de América en esos años. Se sigue una estética general de los indoamericanos según sus fuentes a través del continente usando el cabello como factor estético. Aunque en muchos casos las fuentes están "comprometidas" (y no podemos negar que la historia oficial también lo está), se ve una asombrosa consistencia en las diferentes versiones indoamericanas sobre los europeos de Norteamérica a Chile. Los indoamericanos rechazaron a los europeos, entre otras cosas por ser "cabelludos". El folklor americano forma una imagen-símbolo (los huecubuyes en Chile, el "un monstruo por venir" entre los michoacanos, y la Mala cosa en Norteamérica) de los cabelludos como rechazo de los invasores cabelludos europeos. Se les relaciona por lo tanto con los "animales salvajes" al unir su crueldad con su apariencia física cabelluda similar a los animales que los indoamericanos conocían. La barba pasa a ser una característica de fealdad extrema y de una indicación de deficiencia mental y física de los blancos. Se ve un rechazo a todo lo barbudo, incluyendo a los sacerdotes o a los santos barbudos de la iglesia. Es una visión general de los cabelludos como algo feo, malo y diabólico.

El impacto del choque entre las dos culturas en el tiempo de la invasión europea en América produjo una cantidad de mal entendidos que eventualmente sólo incrementaron la tensión entre ambas culturas. Entre estos, probablemente el de mayor impacto a través de todo el continente fue uno de aspecto puramente estético: El cabello. La primera visión en América de unos seres pálidos, hablando un idioma extraño y virtualmente cubiertos de cabello por todo el cuerpo y los raros animales que montaban produjo un primer impulso de repulsión estética del europeo entre muchos de los indoamericanos, a pesar de lo que los cronistas escribieron de sí mismos.

Los primeros cronistas europeos intentaron proyectar a los indoamericanos como salvajes cabelludos en el primer choque de la invasión europea. De modo que si eran "salvajes", "naturalmente" tendrían cabellos por todas partes del cuerpo tal como el hombre salvaje medieval que se habían imaginado en Europa buscando imponer su imaginación en América. El indoamericano, sin embargo, carecía de esa característica cabelluda que se le imponía. Dice por ello Jean de Léry al principio de su crónica que "esperaré hasta más adelante para refutar el error de aquellos que nos quisieran hacer creer que los salvajes estaban cubiertos con cabello". La ironía de esta aparente desinformación intencionada es que esa fue precisamente la imagen que los indoamericanos se formaron de los europeos proyectándolos como seres raros y salvajes, no sólo por sus acciones despiadadas en muchas ocasiones, sino por su aspecto físico fuera del contexto americano.

ESTÉTICA GENERAL DEL CABELLO

La estética americana, a lo largo del continente, consistentemente apunta a una repulsión del cabello, especialmente en la cara. En el Brasil, por ejemplo, Léry notó que tal era su aversión al cabello en ciertas partes del cuerpo que "en cuanto les empieza a crecer cabello" "aun barbas o cejas o pestañas" se los sacaban con las uñas. Dice Medina que entre los araucanos de Chile y Perú existía también "la práctica común... de arrancarse los pelos de la cara con unas tenacitas". Aprovechan sus ratos de ocio "y en buena conversación están arrancando los pelos". Luego aclara que "esta costumbre de arrancarse los pelos de la cara" estaba fundada en "sus ideas de estética y hasta de decencia, considerando que faltaban a ella los que traían sus cejas muy pobladas", ya que el "tipo de hermosura araucana es que la ceja aparezca apenas diseñada por una línea". El cabello en la cara, en este caso, era una infracción a la general estética visual y a la "decencia" social para ser aceptados.

Gonzalo Fernández de Oviedo en el Darién notó lo mismo en México. Dice que "todos los indios comúnmente son sin barbas, y por maravilla o rarísimo es aquel que tiene bozo o algunos pelos en la barba o en alguna parte de su persona, ellos ni ellas". Luego aclara que sí tienen cabello, pero "en las otras partes que los hombres acá los tienen y su mujer en el lugar y partes que las mujeres suelen tener". El cabello en las partes inapropiadas era entonces una imagen inaceptable que chocaba con la visión humana americana. Es así que cuando los aztecas vieron por primera vez estas imágenes apocalípticas el cabello fue

también un punto de atención. Notan que "larga su barba es, también amarilla; el bigote también tienen amarillo. Son de pelo crespo y fino, un poco encarrujado". Si bien la rareza de estas raras imágenes pálidas y cabelludas hace que los indoamericanos los vean con curiosidad y asombro, es a la vez un asombro de espanto ante una estética negativa de la apreciación humana que ellos conocían.

Los mayas por su parte, también se espantan ante la bisarra visión cabelludos. Dice Francisco López de Gómara que "tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban a tentarlos" para asegurarse de que en realidad veían seres "barbudos". Era por eso que, según Landa, "los indios se espantaban de ver a los españoles y les tocaban las barbas y personas". No era sólo la rareza de estos seres apocalípticos que se aproximaban lo que los sorprendía, sino la confrontación con una realidad ilógica, imposible para ellos, de tener cabellos en la cara y otras partes inapropiadas del cuerpo, y por lo tanto había que tocarlos para cerciorarse de lo anormal de estos seres raros que llegaban.

Más al sur, Pero Vaz de Caminha con los portugueses en el Brasil, en su contacto con los indoamericanos (1500) notó la misma característica y escribió que "todos tenían los pelos afeitados hasta las orejas, y también las cejas y las pestañas". El efecto de esta versión indoamericana de lo que era un ser estéticamente aceptable con el rostro limpio sin cabellos lo notamos drásticamente en el caso de Hans Staden quien vivió entre los caníbales en el Brasil. Aun como prisionero destinado a ser comido en unos días, los indoamericanos no pudieron tolerar sus pelos faciales, que al parecer lo hacían un platillo cabelludo repugnante. Dice Staden que al prepararlo para el almuerzo "vino una mujer que tenía un pedazo de cristal en una cosa que parecía un palo arqueado, me cortó con ese cristal las pestañas de los ojos, pretendiendo cortarme también la barba". Staden protestó y dijo que "esto no lo pude aguantar y dije que me matasen con barba y todo". Los caníbales, tal vez por tanto lloriqueo de Staden y tolerando su cara cabelluda inaceptable por un tiempo más, aceptaron por el momento dejarlo con sus cabellos antiestéticos en su cara y le dijeron que "aun no lo querían matar". "Pero algunos días después", agrega Staden, "me la cortaron con unas tijeras que les habían dado los franceses". El cabello, en ciertas partes del cuerpo, parecía señalar claramente hacia una estética de completa aversión hacia los cabelludos caras pálidas que invadían sus dominios. Este rechazo o aversión a la cara cabelluda apuntaba a una percepción totalmente opuesta a la que nos dieron los cronistas de ellos mismos.

Con esta clara aversión a los cabelludos, no extraña entonces que en la invasión de Norteamérica, cuando Pretty Shield, una pequeña Crow, vio "a un hombre que venía con grandes barbas blancas en toda su cara", se asustara grandemente, ya que "la piel que se veía estaba alrededor de sus ojos" solamente. En vista que "nunca había visto a un hombre blanco", corrió a casa y notificó a los demás que "había visto algo allá afuera caminando hacia los borregos". Tal era el desconcierto ante este ser cabelludo que no alcanza a darle nombre y sólo informa que "se miraba como un hombre", indicando en realidad que no lo era, ya que "tiene lana por toda su cara". El cabello en la cara aquí también parecía ser un problema. La pequeña Pretty justificó su desconcierto porque "pensaba que las barbas eran lana" y por lo tanto "no estaba segura que era un hombre . . .". Aun cuando después se presentó ante el grupo de adultos, "las mujeres no querían darle de comer". No sólo en los niños, sino en los adultos, este pálido ser cabelludo no encontró acomodo estético aquí. En este caso, es mayor el rechazo inmediato que para ellos parece ser feo, que la curiosidad de mirarlo por su rareza.

LA "MALA COSA" CABELLUDA

Era tal la aversión al cabello, especialmente en la cara, que algunos indoamericanos crean un folklor negativo dentro de sus propias tradiciones proyectando a un ser barbudo maléfico y feo como símbolo de la fealdad y lo malo. Después de la invasión de Chile (1874), por ejemplo, encontramos entre los araucanos a un tipo de personaje fúnebre a quien llamaban "huecubuyes" que vivía aislado de todos en las montañas y estos personajes "andaban vestidos de unas mantas largas, con los cabellos largos" y que vivían en "unas cuevas lóbregas en que consultaban con Pillán (que es el demonio)". Lo interesante del caso es que el cabello sobresale como la característica negativa ya que "los que no tenían" el cabello largo "traían postizos de cochayuyo o de otros géneros, para diferenciarse de los demás indios naturales". En todo caso, es el cabello el que produce el factor negativo entre ellos que aquí se representa.

En México, donde ocurrió el primer gran choque de culturas, encontramos entre los michoacanos esta misma imagen. En el tiempo de Nezahualcóyotl, entre otros presagios ven a "un monstruo por venir". "Tenía dos manos como persona, y la cara ni más ni menos; era 'feísimo'". Una de las razones por la que era feo fue que "sus cabellos el cuerpo cubrían...".

Si es que atribuían esta imagen a la llegada de los europeos, no está claro, pero tampoco podían en su papel de subyugados decirles a los invasores europeos abiertamente que eran "feísimos" como el monstruo que proyectaban.

Al llegar los europeos a Norte América (1530), se registró allí también una leyenda similar de un ser cabelludo rechazado por todos por su "fealdad" cabelluda. Dice Cabeza de Vaca que según los indoamericanos, "anduvo un hombre, que ellos llaman Mala Cosa" quien "era pequeño de cuerpo y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro". Ese "hombrecillo barbudo", según los indoamericanos, "cuando venía a casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban... y luego aquel hombre entraba y tomaba lo que quería de ellos y dábales tres cuchilladas grandes...". Era claro que ese mismo temor espeluzante era el que sentían los indoamericanos cuando llegaban los cabelludos europeos a sus casas. El hombrecillo barbado de la Mala Cosa era la perfecta metáfora que representaba a los barbudos extranjeros que llegaban de repente cuando querían, mataban a quien querían, eran barbados, su origen era desconocido y llegaban bañados de misterio con una potencialidad "milagrosa" de los "dioses" recién llegados igual que "la mala cosa". De hecho, es muy probable que los indoamericanos les hubieran estado presentando una alegoría a los barbudos de sí mismos para que vieran su proceder repugnante.

En todo caso, con o sin la alegoría, el cabello en el hombrecillo era la marca incontestable como símbolo no sólo de un ser estéticamente repulsivo físicamente, sino también moralmente por sus acciones "diabólicas" hacia ellos. La creación de este folklor indoamericano por medio de estas imágenes barbudas apunta a una consistente repulsión, no sólo del cabello en la cara, sino de los barbudos como "mala cosa". No asombra entonces que al ver los indoamericanos por primera vez a los "barbudos caras pálidas" reaccionaran, no sólo con asombro, sino con espanto ante tanta "fealdad" cabelluda.

ANIMALES SALVAJES

Si bien en algunas culturas más desarrolladas del sur el cara pálida barbudo fue relacionado de inmediato con el "dios" barbado que había de venir, según sus tradiciones, en Norte América se le ve en forma opuesta como a un animal salvaje al relacionarlo con los animales cabelludos del bosque que ellos conocían.

En el Polo Norte, por ejemplo, al llegar los rusos a Alaska (1886), "nadie va a recibirlos" porque ambos se "tenían miedo". Los indoamericanos no se atrevieron ver a los europeos directamente sino por medio de un alga o algún tipo de hoja, que los protegiera de ellos "como un lente de espía" porque "pensaban que los rusos eran nutrias disfrazados de humanos". Cuando un anciano se atrevió a ir al barco de los rusos y regresa, "lo olían para asegurarse en que no se había convertido en una nutria humana de la tierra, y se rehusaron comer la comida que trajo" de los hombres raros. No pudieron relacionarse con ellos como seres humanos al verlos llenos de cabellos les fue más fácil relacionarlos con los animales.

Más al sur, los chinooks hacen lo mismo. Cuando vieron acercarse una "cosa extraña" a sus playas se acercaron y vieron que "un oso salió de la cosa extraña y se paró allí". Al notar su apariencia humana indicaron que "se parecía como un oso, pero la cara era como la cara de un ser humano". En este caso, era también la imagen de un animal salvaje por razón del cabello la que vino primero, después se intentó asociarlo con los humanos por su forma. La asociación con la selva y los animales con los que los indoamericanos bregaban diariamente colocaba de inmediato a los europeos en el papel de un primitivo inferior relacionándolo con un ser salvaje del monte no domesticado.

En otra ocasión dos mujeres sioux vieron que algo salía del bosque. De la "negrura" de la selva "vieron una criatura extraña saliendo". Aunque también hicieron la asociación con el animal de la selva, les extraña la vestimenta que trae, pues "tenía un extraño sombrero negro, y botas, y ropa". Notaron que "su piel era pálida, su cabello era amarillo, y sus ojos eran azules". Todas estas características no eran parte de la estética indoamericana y no podían colocarlo ni dentro de los humanos ni fuera de ellos por la obvia apariencia. Pero era su objeción al cabello que las hacía verlo como un algo "feo" al intentar relacionarlo con seres humanos como ellas porque: "Le crecía cabello bajo su nariz cayéndole sobre sus labios; su mentón estaba cubierto de cabello; tenía cabello por todas partes". Se siente ese alarmante énfasis por señalar esa rechazada diferencia con ellos por razón del cabello del ser extraño señalando las partes donde tenía cabello. Es decir, para ellas era "feo". Sin embargo, al notar que hablaba lo dieron por humano, pero "cuando habló", y "no pareció como el habla humana" insisten con la imagen de un salvaje ya que no era normal como ellas y además "nadie lo podía entender".

Un ejemplo más entre otra tribu debe asentar esta asociación europeo-animal que se les dio en Norteamérica a los recién llegados. En este caso llegó un europeo y soltó su arma

para evitar conflicto, los indoamericanos le hicieron círculo diciendo, "no lo mate ninguno de ustedes, es un tipo diferente de hombre, analicémoslo por completo". Aunque aquí se aceptó como a "diferente hombre" la asociación general lo categorizaba con los animales. El hombre "era alto y su cabello le colgaba hasta los hombros". Además, "con excepción de su frente, ojos, y nariz, su cara estaba cubierta con una barba tupida". Y "su pecho, sus brazos hasta el fin de sus manos, y sus piernas estaban cubiertas con un crecimiento cabelludo". Todo el cuerpo estaba cubierto de cabello tal como los animales salvajes que ellos conocían. Asombró además, porque "nada parecido se había visto en la tribu," ya que "sólo los animales eran de esta manera . . .". Como una curiosidad sobresaliente "se lo llevaron con ellos, acamparon inmediatamente, y prepararon algo de comer" para el ser cabelludo. Al darle la comida vieron cómo la "devoró como un animal hambriento". No se trataba tan sólo de un alguien diferente, sino de un ser anormal con características no humanas, ya que no se le "entendía cuando hablaba," tenía la "apariencia de un oso" y "devoraba la comida como un animal".

El hecho de que los indoamericanos no tenían una abundancia de barba, bigote, etc., igual que en el caso del color blanco, resaltó la diferencia de inmediato. Los extraños que llegaban eran semi-humanos animales. Después de todo como indicara Dykstra y Westerhoff, "el significado de la belleza ciertamente se determinará por la cultura de uno mismo y por diferenciar individuos en una cultura", y sólo se tenían a sí mismos y los animales del bosque para producir una apreciación de los extranjeros cabelludos que los invadían.

LA BARBA

Ya en forma más específica, la barba fue la imagen más repulsiva que chocó con la estética indoamericana ya que directamente cubría el rostro que presentaba al individuo. Fue la barba lo que produjo el término denigrante de "los barbudos" que con frecuencia usaban en contra de los europeos. Al conocer los indoamericanos a los europeos por algún tiempo, notaron ciertos "efectos de los cabellos" en los barbudos en general confirmando su previa repulsión al cabello en la cara. Los Hurones en el norte, por ejemplo, veían a los franceses "como físicamente más débiles que ellos mismos, como feos, especialmente por estar excesivamente llenos de cabellos, y por estar sujetos a estar deformes y a enfermedades".

Tener cabello por todo el cuerpo indicaba claramente a los hurones que los europeos eran inferiores, "feos y deformes". Tal fue la repugnancia de los hurones por el cabello en la cara, que el Padre Sagard registró que "'uno de los salvajes más feos del distrito' se rió de los franceses con barbas y se preguntaba cómo podían ser tan feos y cómo cualquier mujer podía verlos favorablemente". Se entendía que no sólo en la estética masculina sino también en la femenina, el cabello en el hombre en todas partes del cuerpo era un factor de clara fealdad. Colin G. Calloway agrega que en Nova Escocia también "hay evidencia para sugerir que muchos indios tradicionalmente ven las barbas y la cabellera como un signo de inteligencia limitada". No era asunto de una estética puramente física, sino abstracta que también medía la moral y la inteligencia humana en algunas partes.

Es por esta razón que el misionero Garnier al ordenar "pinturas sagradas" de Francia las pidió con cara limpia, sin barba o pelo rizado. Explicaba el Padre Sagard que "tienen tal horror de la barba que en ocasiones cuando tratan de insultarnos nos llaman Sascoinronte, es decir, barbudo, tiene una barba; además, creen que hace a la gente más fea y que debilita su inteligencia". Los franceses de este modo pasaron a ser claramente "feos" y sin mucha "inteligencia" en los ojos de estos indoamericanos quienes constantemente los ofendían llamándolos "barbudos". Y no hay que olvidar el folklor indoamericano mencionado arriba donde la barba del monstruo de Nezahualcóyotl lo hace ver "feísimo"; y la "Mala Cosa" de la que habla Cabeza de Vaca donde también es la barba lo que lo caracteriza como un algo cabelludo maléfico y diferente a ellos.

Fue tal la antipatía por la barba, que aún después cuando los misioneros llegaron a endoctrinarlos continuaron resistiéndola. El *Códice entrada de los Españoles en Tlaxcala*, por ejemplo, muestra a un Cortés "sentado en una silla, con rostro sonriente, sin barbas y con sombrero". Es interesante que los de Tlaxcala, con quienes entabló amistad en contra de Moctezuma porque le dieron la victoria sobre los aztecas, hayan sido los que lo retocaran para "embellecerlo" quitándole las barbas. Es evidente que el cabello en ciertas partes del cuerpo y especialmente en la cara caracterizaba a los europeos como "feos" por ser éstos seres cabelludos.

Por otro lado, el cabello en las partes propias del cuerpo era tenido, no sólo en alta estima estéticamente, sino en honra. Los mayas, por ejemplo, ponían "mucho empeño en el peinado y cuidan con gran preocupación de su cabello pues consideran que en él se acumula la fuerza de la vida". Aunque mujer y hombre usaban el pelo largo, el peinado era diferente

entre ambos sexos. En todo caso, "siempre se trata de utilizar el cabello como un medio para aumentar la donosura". El cabello largo en la cabeza era aun más propio para la mujer que para el hombre. Cuando Oviedo pasó a Tierra Firme también notó que "algunos indios se tresquilan, aunque comúnmente ellos y ellas se precian mucho del cabello, y lo traen ellas más largo hasta media espalda, y cercenado igualmente y cortado muy bien por encima de las cejas...". Entre los araucanos entre Chile y Perú, dice Medina que las mujeres "ponen toda su gala" en sus "cabelleras" donde pueden lucir todo tipo de adornos como piedras preciosas. Aguilar también registra en su crónica de Chile que "las mujeres se precian de traer los cabellos largos y negros...". Entre los incas era también tal la importancia del cabello que cuando el jefe de armas pide permiso al Inca para matar a los españoles capturados "porque eran dioses falsos...de una tribu diferente", dice que "todos deberían ser muertos salvo tres". Uno era un peluquero que debía salvarse "porque al afeitarse a los hombres los hace tomar un aspecto maravillosamente joven y les corta el pelo". Su aversión al cabello le hacía ver los beneficios que podía contribuir entre ellos. En Norte América también podemos ver la importancia del cabello largo en las partes apropiadas del cuerpo. En 1605 en su choque con los Abenakis en Maine, George Waymouth registró que "no permiten que les crezca el cabello en sus caras, pero sí en sus cabezas muy largo y muy negro...". Esta postura general parece insinuar que la cara era para ser contemplada, para proporcionar un tipo de placer estético y por lo tanto nada debía obstruirla.

Naturalmente esta postura cambió eventualmente después del primer impacto. Ya subyugados los indoamericanos no podían expresarse abiertamente, por un lado, y por el otro la busca de beneficios los hizo cambiar de postura. Además, al verlos continuamente los barbudos pasaron a ser "normales" entre ellos. El jesuita Pierre Biard captó ese cambio gradual de la imagen de los europeos entre los indoamericanos de Nueva Escocia: "Me han dicho con frecuencia", decía el padre, "que al principio les parecimos a ellos muy feos con cabello sobre nuestras bocas y cabezas". Con el tiempo, sin embargo, "gradualmente se han acostumbrado a ello, y ahora empezamos a parecerles menos deformes". Pero todo esto fue mucho después del tiempo del primer impacto en el tiempo de la invasión y choque entre culturas.

Por lo tanto, debe quedar claro que no era el cabello en sí lo que rechazaban los indoamericanos, eran las "partes inapropiadas" donde se lo dejaban crecer los europeos. El hecho que los extranjeros eran blancos sólo resaltó el cabello como característica de fealdad en los seres que los invadían. El cabello fue entonces un factor para rechazar al europeo en

el primer choque como un ser "feo" dentro de la visión estética indoamericana a pesar de lo que registraron los cronistas.

De este modo, con el arma desinformativa que pretendían los europeos atacar a los indoamericanos como al "cabelludo hombre salvaje de la leyenda medieval" europea, los indoamericanos tildaron a los europeos como los "animales salvajes cabelludos" que irrumpían grotescamente en la estética indoamericana que no pudo verlos estéticamente placenteros.

NOTAS

1. Véase a Andrew Sinclair, *The Savage: A History of Misunderstanding* (London: Cox & Wyman, 1977). Todas las traducciones del inglés son mías.

2. Jean de Léry, *History of a Voyage to the Land of Brazil, otherwise called America* (Berkeley: California UP, 1990) p. 27.

3. Ibid. 57.

4. José Toribio de Medina, *Los Aborígenes de Chile* (Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1952) p. 173.

5. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Florilegio histórico de las Indias* (Asturias: Grupo Editorial Asturiano, 1992) p. 126.

6. Miguel León-Portilla (ed), *Visión de los vencidos* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989) p. 31.

7. Francisco López de Gómara, *Historia de la Conquista de México* (México: Porrúa, 1988) p. 21.

8. Diego de Landa, *Relación de la cosas de Yucatán*, ed., Miguel Rivera (Madrid: Información y Revistas, 1985) p. 44.

9. Pero Vaz de Caminha, "Los salvajes al natural," *Noticias secretas y públicas de América* (ed.), Emir Rodríguez Monegal (Barcelona: Tusquets, 1984) p. 47.
10. Hans Staden, "Viviendo con los caníbales," *Noticias secretas y públicas de América*, (ed.), Emir Rodríguez Monegal (Barcelona: Tusquets, 1984) p. 176.
11. Peter Navokov, (ed.), *Native American Testimony: An Anthology of Indian and White Relations: First Encounter to Dispossession* (New York: Harper & Row, 1978) p. 35.
12. José Toribio de Medina, op. cit. p. 245.
13. Ángel María Garibay, (ed.) *Épica Náhuatl* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1993) p. 66.
14. Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufraios y Comentarios* (México: Colección Austral, 1942) pp. 68-69.
15. Ibid. pp. 68-69.
16. Julia Blackburn, *The White Man: The first response of aboriginal people to the White Man* (London: Orbis, 1979) pp. 32-33. Al parecer, este encuentro en realidad fue con los franceses, no con los rusos.
17. Richard Erdoes and Alfonso Ortiz, (eds.), *American Indian Myths and Legends* (New York: Pantheon, 1984) pp. 229. Evento reportado en 1894.
18. Richard Erdoes y Alfonso Ortiz, op. cit. p. 496.
19. Peter Nabokov, op. cit. pp. 30-31.
20. John Dykstra Eusden y John H. Westerhoff III, *Sensing Beauty: Aesthetics, the Human Spirit, and the Church* (Cleveland: U Church P, 1998) p. 21.
21. Cornelius J. Jaenen, *Friend and Foe: Aspects of French-Amerindian Cultural Contact in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (New York: Columbia UP, 1976) p. 24.
22. Ibid. p. 24.

23. Colin G. Calloway, (ed.), *Dawnland Encounters* (New England: UP New England, 1991) p.50.

24. Jaenen, op. cit. p. 24.

25. Jaenen, op. cit. p. 24. Cita al Padre Gabriel en *The Long Journey to the Country of the Hurons*.

26. *Códice entrada de los españoles en Tlaxcala*. Jorge Gurría Lacroix, ed. (México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966) p.18.

27. Una notable excepción al respecto que debe notarse, es que en el área de la presente Argentina, según sus cronistas, se encontró un grupo de "barbados americanos". Dice González del Prado que con Mendoza en el área de Tucumán "fuimos a la provincia de los comechingones, que es la gente barbada y muy belicosa" (Raúl Mandrini, *Argentina Indígena: Los aborígenes a la llegada de los españoles*, Buenos Aires: Centro Editorial de América Latina, 1983) p. 58. Cieza de León reporta también que en el mismo área conocieron a un grupo con gente "de poco lustre, barbados" muy prósperos, p. 61. Alonso de Barzana en el área de Tucumán y Paraguay dice que bautizaron a muchos indoamericanos y que "todos estos indios es gente barba[da?], como los españoles", p. 81. Sin embargo, este grupo de "barbudos" parece ser la excepción y no la regla, y parece que sólo se encontraron en este lugar.

28. Demetrio Sodi M., *Los Mayas: vida, cultura y arte a través de un personaje de su tiempo* (México: Panorama, 1991) p. 20.

29. Gonzalo Fernández de Oviedo, op. cit., p. 127.

30. José Toribio de Medina, op. cit., p. 175.

31. Jerónimo de Vivar, *Crónica de los reinos de Chile* (Madrid: Información y Revistas, 1988) p. 64.

32. Victor W Von Hagen, *Los Incas: Pueblo del Sol* (México: Mortiz, 1993) p. 107.

33. Colin G. Calloway, op. cit. p. 39.

34. Colin, G. Callaway, op. cit. p. 50.

35. Jean de Léry, op. cit. nota número 3, p. 238. Véase también: *The Wild Man in the Middle Ages* de Richard Bernheimer y *The Savage: A History of Misunderstanding* de Andrew Sinclair.

BIBLIOGRAFÍA

Blackburn, Julia (1979). *The White Man: The first response of aboriginal people to the White Man*, London: Orbis.

Calloway, Colin G. (ed.) (1991). *Dawnland Encounters*, New England: UP New England.

Dykstra Eusden, John y John H. Westerhoff III (1998). *Sensing Beauty: Aesthetics, the Human Spirit, and the Church*, Cleveland: U Church P.

Erdoes, Richard y Alfonso Ortiz, (eds.) (1984). *American Indian Myths and Legends*, New York: Pantheon.

Garibay, Ángel María (ed.) (1993). *Épica Náhuatl*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Gómara, Francisco López de (1988). *Historia de la Conquista de México*, México: Porrúa.

Gurría Lacroix, Jorge (ed.) (1966). *Códice entrada de los Españoles en Tlaxcala*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Jaenen, Cornelius J. (1976). *Friend and Foe: Aspects of French-Amerindian Cultural Contact in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. New York: Columbia UP.

Landa, Diego de (1985). *Relación de la cosas de Yucatán*, Madrid: Información y Revistas.

Léry, Jean de (1990). *History of a Voyage to the Land of Brazil, otherwise called America*, Berkeley: California UP, 1990.

León-Portilla, Miguel (ed) (1989). *Visión de los vencidos*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Mandrini, Raúl (comp.) (1983). *Argentina Indígena: Los aborígenes a la llegada de los españoles*, Buenos Aires: Centro Editorial de América Latina.

Medina, José Toribio de (1952). *Los Aborígenes de Chile*, Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

Navokov, Peter (ed.) (1978). *Native American Testimony: An Anthology of Indian and White Relations: First Encounter to Dispossession*, New York: Harper & Row.

Núñez Cabeza de Vaca, Álvar (1942). *Nafragios y Comentarios*, México: Colección Austral.

Oviedo, Gonzalo Fernández de (1992). *Florilegio histórico de las Indias*, Asturias: Grupo Editorial Asturiano

Rodríguez Monegal, Emir (ed.) (1984). *Noticias secretas y públicas de América*, Barcelona: Tusquets.

Sinclair, Andrew. (1977). *The Savage: A History of Misunderstanding*, London: Cox & Wyman.

Sodi M., Demetrio (1991). *Los Mayas: vida, cultura y arte a través de un personaje de su tiempo*, México: Panorama.

Vivar, Jerónimo de (1988). *Crónica de los reinos de Chile*, Madrid: Información y Revistas.

Von Hagen, Victor W. (1993). *Los Incas: Pueblo del Sol*, México: Mortiz.